

Que Anibal les sea entregado,  
Para que con cruel castigo  
Por ello sea castigado,  
Como el que perturbar quiere  
La paz de Roma y Cartago.—  
Puso fin á su razon  
El valiente Publio Flaco,  
Siendo los cartagineses  
De su demanda admirados :  
Y así, sin hablar ninguno  
Estuvieron grande rato  
Mirándose unos á otros,  
Sin responder al recaudo,  
Y viendo que se tardaban,  
Así dice Fabio Pánfilo :  
— ¿ En qué os deteneis ? ¿ Qué acuerdo  
Tomáis de lo demandado ?  
Mirad qu'en aquesta falda,  
La paz ó la guerra traigo ;  
Escoged lo que quisierdes,  
O lo que os está mas sano.—  
Y recogiendo la falda,  
Los estuvo así aguardando.  
Los cartagineses, viendo  
La arrogancia del romano,  
Le respondieron : — Aquello  
Que te plazca nos sea dado. —  
El romano largó al punto  
La falda, y con rostro airado  
Dijo : — Pues tomad la guerra,  
Pues la paz habeis quebrado,  
La cual aquí os notifico  
De parte de mi Senado. —  
Esto diciendo, se fueron  
Dejando á los africanos ;  
Y mientras esto pasaba,  
Anibal con los asaltos  
Continuos, tenía á Sagunto  
Al fuego y hierro entregado,  
Sin que en él quedase hombre,  
Que contar pudiese el daño.

(CUEVA, Coro Febo, etc.)

## 531.

ANÍBAL SOBRE SAGUNTO.

(De Juan de la Cueva.)

Cercados tenía Anibal  
A los fieros saguntinos,  
Dándoles duros combates,  
Y batiéndolos continuo,  
Sin desistir de su intento,  
Que era solo el destruíllos.  
Los de Sagunto resisten  
El africano desinio,  
Dando y recibiendo muertes,  
Con ánimo no vencido.  
Sucedió qu'en un salto,  
Anibal fué mal herido,  
Por lo cual, los africanos  
A nuevo furor movidos,  
Tornan al fiero combate,  
Renuevan y mudan sitios ;  
Hacen ingenios de fuego,  
Para que sea destruído  
El gran pueblo de Sagunto,  
Que fué tan ennoblecido.  
Creciendo el combate fiero  
Fué un prodigio horrible visto,  
Que pariendo una mujer  
Un hijo, y siendo nacido,  
Y visto, se volvió al vientre  
De donde había salido.  
Acuden los agoreros  
Al gran Júpiter Olimpo,  
A consultar la extrañeza  
Del caso jamas oido.

El aurispice Metelo,  
Siendo por Mucio elegido  
Para consultar á Jove,  
Por ser en esto el mas digno,  
Le sacrifica animales,  
De los cuales ha entendido  
La horrible saña, que muestra  
Contra el pueblo saguntino,  
Y puesto en un lugar alto,  
De donde era bien oído,  
Dijo : — Los celestes dioses  
Se muestran encruelecidos  
Contra el pueblo de Sagunto,  
Que otro tiempo fué temido :  
No acetan su humilde ruego,  
Ni admiten su sacrificio,  
Porque yo he visto señales  
Que confirman lo que digo ;  
Que á la res sacrificada,  
Como fué de todos visto,  
Acudieron dos serpientes  
Y le comieron el higado.  
Segunda y tercera vez,  
Esto mismo ha sucedido :  
El vino en las sacras tazas  
En sangre fué convertido ;  
Vistes llover gruesas piedras,  
Y dos escudos bruñidos  
De claro y luciente acero  
De sangre fueron teñidos ;  
En las fértiles campañas,  
En los panes ya cogidos,  
Se volvieron las espigas  
En sangre, y sangre los ríos ;  
Los silvestres animales,  
Sin razon y sin sentido  
Imitaban nuestras voces,  
De lo cual he colegido,  
Que es sin duda el fin de todos  
Y que habernos defendido  
Es muy ciega pertinacia  
Habiendo de ser vencidos,  
Por las señales tan claras,  
Y prodigios que os he dicho :  
Y entendid solo una cosa,  
Y d'ella estad advertidos :  
Que son sin fruto las armas,  
Siendo contrario el destino,  
Y que servirán de poco  
Cuantos hoy somos nacidos,  
Y las tiernas criaturas  
No verán dias cumplidos,  
Qu'es lo que declara el caso  
Del niño, que se ha escondido,  
Tornando al materno vientre  
De donde había ya salido.—  
Cesó Metelo, quedando  
Todos suspensos de oílo,  
Conociendo la ruina  
Del gran pueblo saguntino,  
Que de los bárbaros era  
Con toda porfia batido,  
Sin serle solo un momento  
De descanso concedido ;  
Y al fin, entrada su fuerza,  
D'ellos no quedo hombre vivo,  
Unos muertos del contrario,  
Y otros qu'ellos á sí mismos  
Se dieron la cruda muerte,  
Por no darse á su enemigo,  
Cumpliéndose en todos ellos  
Lo que dijo el adivino.

(CUEVA, Coro Febo, etc.)

## 532.

SUCESO MILAGROSO ACAECIDO Á ANÍBAL Á ORILLAS  
DEL EBRO.

(De Juan de la Cueva.)

Habiendo el fiero Anibal  
Hecho á España guerra dura,  
Teniéndola sosegada,  
Pasar á Italia procura  
Con intento de arruinarla ;  
Y así lo promete y jura,  
Que ha de poner la alta Roma,  
Cual á Sagunto en bajura,  
Que aun apenas las señales  
Muestra de su desventura.  
Con este deseo y cuidado  
Al efeto se apresura  
Dando trazas el dia claro,  
Y órden la noche oscura,  
Revolviendo la memoria,  
Que nunca tenía segura.  
Confiriendo esto consigo,  
Movido de su ventura,  
Llegó á la ribera de Ebro  
Guiado de su fortuna.  
Viéndose solo y gozando  
Del lugar, viento y frescura,  
Gustando del movimiento  
Del agua suave y pura,  
Que regando iba las plantas,  
Que con trabada espesura  
Los olmos, la mimbre y sauces  
Que la vid abraza y junta,  
Al sol ardiente impedían  
La entrada en su mayor furia.  
Aquí llegado Anibal,  
Le convida la dulzura  
Del lugar, suave y solo,  
Cual su cuidado procura.  
Desviando los cuidados,  
Dándoles de sí soltura,  
Al dulce y sabroso sueño  
Se entregó, en la coyuntura  
Que ya Febo se escondía  
En el mar y su hondura,  
Y la luna se mostraba  
Con su claridad noturna ;  
Los polos daban su lumbré,  
Y el norte fijo en su altura,  
Demostraba la carrera  
Del mar ciego, á gente ruda.  
Los hombres en sus albergues,  
Las fieras en su espesura,  
Se entregaban al reposo  
Qu'el afligido procura.  
Anibal de aquesta suerte  
Puesto en la fresca verdura,  
Dando á su espritu invicto  
Con poco reposo, ayuda,  
A sus congojas descanso,  
Y á sus cuidados largura ;  
Los dioses del alto cielo,  
O su próspera fortuna,  
Le enviaron un mancebo,  
No de humana compostura,  
De extraños miembros, y rostro  
De diferente hechura ;  
El cual tocando la mano,  
Que al mundo dió guerra dura,  
Le recordó, y Anibal  
Viendo ante sí tal figura,  
Alterado se levanta,  
Y la fiera espada empuña ;  
Mas el mancebo le dice,  
Viéndole alterar con furia :  
— ¿ Anibal, de qué te alteras,  
De ver aquesta aventura ?  
No te conmueva, ni indine,

Ni te falte la cordura ;  
Aguarda el fin, porque veas  
El suceso, y tu ventura.  
Yo soy uno de los dioses  
De la celestial altura :  
Gozo de Jove, y su mesa,  
De la ambrosia y su dulzura ;  
De la presencia de Juno,  
Y veo su hermosura :  
Los cuales y demas dioses,  
Que en tus vitorias te ayudan,  
Me envían, y ellos te mandan,  
Que la guerra áspera y cruda  
Que quieres hacer á Italia,  
Que te aflige y tiene en duda,  
Que vayas luego á hacella  
Sin temor de cosa alguna ;  
Que yo iré siempre en tu guia ;  
Para lo cual te apresura,  
Que tu venturoso hado  
La vitoria te asegura. —  
Anibal quedó admirado,  
Suspense en ver la figura,  
El cabello levantando,  
La lengua turbada y muda ;  
Sin poder darle respuesta,  
La mira, se admira y duda  
Mas revolviendo la vista,  
Vido andar por la espesura  
Un gran sierpe, que ofendía  
Las plantas y la frescura,  
Desgajándolas con saña,  
Destrozando la verdura,  
Descomponiendo la selva  
De su bella compostura,  
Tendiéndolas por el suelo,  
Cubriendo la tierra dura.  
Esto miraba Anibal ;  
Dudoso el caso le turba ;  
No le espanta ni amedrenta,  
Que su valor no se muda ;  
Mas la extrañeza del caso  
Le congoja y le perturba,  
Y así vuelve, y mira atento,  
Y un modo y otro procura ;  
El dudando, el cielo brama,  
Cubre Cintia su luz pura,  
Resuena el airado viento,  
Con fiereza horrible y dura ;  
Brama el cielo, y furioso  
Envía una nube oscura,  
Lanzando rayos y truenos,  
Con horrible son y furia ;  
Llovian piedras, tremía el suelo  
Con horror, que mal anuncia.  
El capitán de Cartago,  
Viendo la extraña fortuna,  
Preguntó al celeste jóven  
Qu'es lo que aquello figura :  
El cual respondió á Anibal.  
— Esto asegura tu duda  
De la vitoria que he dicho,  
Y el fin de la guerra dura  
Es la destrucción de Italia,  
Do te llama tu ventura.  
No cures de mas, ni aguardes,  
Sigue tu empresa y fortuna,  
Y sígueme á mí, y consigue  
Lo qu'el cielo te asegura. —  
Desapareció el mancebo  
Por el aire y sombra oscura,  
Y Anibal, con tal portento  
A la empresa se apresura,  
En la cual vió su deseo  
Cumplido, y harta su furia.

(CUEVA, Coro Febo, etc.)

533.

ANIBAL INVADE LA ITALIA.

(Anónimo.)

Cartago florece en armas,  
Africa muy loca estaba  
Con Anibal su caudillo,  
Que siempre afila su espada  
Contra el nombre de romanos,  
Que muy soberbio sonaba.  
En los Olímpicos juegos  
A Marte sacrificaba  
Con solemne juramento,  
En mas honra de su patria,  
De ser cruel enemigo  
De aquella gente romana,  
Como lo fuera Amilcar,  
El padre que lo engendrara,  
Y hasta las puertas de Roma  
Llegar á romper su lanza.  
Ayunta muchos navios  
Y flétales para España;  
Al dios Neptuno suplica  
Que no le ensañe las aguas.  
Neptuno templó sus mares,  
Eolo no le olvidaba;  
Que sus furiosos caballos  
En su favor enfrenaba.  
Al dios Portunus por puerto  
Con agonía reclama,  
A Venus no la conoce,  
No curó de hacerle salva.  
La diosa que es vengativa  
Recientemente lo amenaza.  
La tierra Tarraconense  
El cartagines tomaba:  
Va la vuelta de Sagunto  
Donde es la gente esforzada;  
Sagunto bien se defiende,  
Al fin lo toma por armas,  
Y el ejército rehecho  
Camino toma de Gallia;  
Pásala muy vitorioso  
Y tambien por toda Italia.  
Sobrevinole el invierno  
En los Alpes de Toscana;  
Perdió en ellos mucha gente,  
Y él no ménos peligrará;  
Qu'el ojo derecho suyo  
Entre las nieves dejara,  
Y va do á lo mas llano  
Su campo mas reforzara.  
A la gran ciudad de Roma  
En pocos dias cercara,  
Y en la puerta principal,  
Rompió Anibal su lanza.  
Los romanos afrentados  
Presentáronle batalla:  
En la desdichada Cannas  
Se dio bien ensangrentada;  
Domeño la gran nobleza  
Que en Roma tanto triunfaba.  
Anibal con tal vitoria  
Fuese luego para Capua;  
Marte y Venus son discordes,  
Esta vez Venus ganara,  
Porque bajos pensamientos  
Anibal acivilaba.  
Los africanos por vicios  
Han empeñado las armas:  
Escipion los desaguarnece;  
De toda Italia los saca.

(SEPÚLVEDA, Romances nuevamente sacados, etc.)

534.

BATALLA DE CANNAS.

(Anónimo.)

Con la nueva luz del sol,  
Hiere en las cumbres mas altas  
De los montes, y en los rios,  
Vislumbre causa en las aguas,  
Cuando Anibal, Pablo y Publio  
Sus batallas ordenaban  
En los espaciosos campos,  
De la memorable Cannas.  
Ya los unos y otros parten,  
Y haciendo muestra gallarda,  
Tercian las fornidas picas,  
Al paso de la ordenanza.  
«Roma, cierra; Cartago, al arma,  
»Suenan clarines, pífanos y cajas.»  
Ya arremeten los caballos,  
Haciendo astillas las lanzas,  
Y al revolver, de banderas,  
Van mezclando las escuadras.  
De vista priva á los ojos  
El polvo que se levanta;  
Desocupan los arzones  
Los cuerpos, y ellos las almas.  
El suelo se baña en sangre,  
Y aumentando furia y saña,  
Cortan las carnes y huesos,  
Las espadas afiladas.  
Otros se mezclan mas juntos  
A bocados y á puñadas,  
Y los mas vecinos montes  
Retiñen eco las armas.  
«Roma cierra, etc.»  
Arroyos corren y crecen,  
De la sangre que derraman,  
Do se van volcando cuerpos,  
Escudos, petos, celadas.  
Dan paz las cartaginesas,  
A las cabezas romanas,  
Y aquella forzosa paz  
Causa en los vivos mas rabia.  
Anibal, que á la fortuna,  
A su parte vió inclinada,  
A voces grita vitoria,  
Animando á quien se cansa.  
A una voz los romanos,  
Van procurando venganza,  
Como rabiosos leones,  
A do su suerte los llama.  
«Cartago, vitoria; Roma, cierra, al arma  
»Suenan clarines, pífanos y cajas.»

(Romancero general.)

535.

MUERE PAULO EMILIO EN BATALLA CONTRA ANIBAL.

(De Juan de la Cueva.)

Por cima de los que ha muerto  
Emilio, cónsul romano,  
Todo cubierto de sangre  
Y el cuerpo despedazado,  
Sin poder tenerse en pié,  
Ni sustentarse á caballo,  
Como puede d'esta suerte,  
El real cuerpo arrastrando,  
Por los enemigos muertos  
Con trabajo va pasando,  
Por ver, primero que muera,  
Cómo está el romano campo,  
A quien el fiero Anibal  
Va rompiendo y destrozando,  
Lo cual le traspasa el alma,  
Mas que ver su propio daño;  
Y así, levantando al cielo

La voz, los ojos y manos,  
Dice: — ¡ Oh gran padre Quirino!  
Padre del pueblo romano,  
Que dejando el mortal velo  
Fuiste al cielo trasladado,  
De donde con los mas dioses  
Miras el sangriento estrago  
Que hoy padecemos los tuyos  
Por un bárbaro inhumano,  
Y derramando tu sangre,  
Da gloria al nombre africano,  
Y confía en su braveza,  
Que al valor italiano  
Ha de sujetar su espada,  
Y el yugo echalle su brazo;  
Y para principio d'esto  
Mira el doloroso caso,  
Los aurispices y auspices,  
Y los augurios sagrados,  
Los tribunos y censores,  
Los cuestores y legados,  
Patricios y centuriones  
De los contrarios pisados,  
Los unos sobre los otros,  
Entre su sangre ahogados.  
El un cónsul no parece,  
Huido y desbaratado;  
El otro está cual me ves,  
Todo deshecho y llagado  
Con heridas, que no puede  
Resistir á su contrario,  
Que con implacable saña  
Lleva su victoria al cabo.  
¡ Oh patria! ¡ oh dioses penates!  
Esta alma y vida os consagro:  
Mirad con piedad mis hechos,  
Pues quedo muerto en el campo  
Por mi patria, entre los míos,  
Con que muero muy ufano. —  
Esto está el Cónsul diciendo,  
Todo en lágrimas bañado,  
Cuando Lentulo huyendo,  
De la rota desmandado,  
Llegó, y conociendo al Cónsul,  
Aunque está desemejado,  
Se apea, y dice: — Señor,  
¡ Cuál suerte dura ha forzado  
Que al valor de Roma tenga  
Del modo que te he hallado,  
Con tanta sangre vertida,  
Cuanta veo que estás pisando,  
Derramada por tu patria,  
Y derramando tu brazo  
De los fieros enemigos  
No ménos sangriento lago?  
Esfuérzate, Paulo Emilio,  
Sube en este mi caballo,  
Yo te ayudaré á subir,  
Pues la fuerza te ha faltado:  
Llevaréte por do seas  
Libre del cruel contrario;  
Curaréte las heridas,  
Habiéndote puesto en salvo;  
No des con tu vida gloria  
Al victorioso africano;  
Bástete habernos rompido,  
Sin que al Cónsul vea en su mano. —  
Paulo Emilio le responde:  
— ¡ Oh Lentulo! tú has mostrado  
El valor de ser quien eres,  
Cual de tí ha sido esperado,  
En usar d'esa piedad  
Conmigo, en tan duro caso:  
Mas di, ¿ qué razon sería  
Ver muerto y deshecho el campo,  
Qu'el gran Senado de Roma  
Puso en mi gobierno y cargo,  
Y que yo, siendo el caudillo,  
Quede libre y vaya sano,

Viendo con mis propios ojos  
Los nuestros despedazados?  
No lo permitan los dioses,  
Que tal de mí sea contado;  
Muera en poder de Anibal,  
Muera, y no viva afrentado;  
Que con morir pago á Roma  
La deuda á que está obligado.  
Tú, Lentulo, no me aguardes,  
Parte luego, y ponte en salvo,  
No te ocupe el enemigo,  
Que te va cerrando el paso;  
Que yo pienso donde estoy  
Pagar el tributo humano,  
Con morir entre los míos,  
Con que muero muy ufano,  
Y esto dirás de mi parte  
Al gran Senado romano. —  
Queriendo pasar delante  
Con su razon, quedó falto  
D'ella, que la inmortal alma,  
La mortal cárcel dejando,  
Huyó, volviendo á la tierra  
Lo que fué d'ella formado.

(CUEVA, Coro Febeo, etc.)

536.

ANIBAL ENAMORADO.

(Anónimo<sup>1</sup>.)

El corazon no vencido,  
El cuello nunca domado,  
Aquel monstruo en fortaleza,  
Que parió la gran Cartago  
Para levantar sus muros  
Y levantar los contrarios,  
Cuya espada y cuyo nombre  
Puso á toda Italia espanto;  
El que á los Alpes famosos  
Rompió, y riscos mas altos,  
Y á la romana soberbia  
Puso freno por su mano;  
El que mantuvo la vida  
Contra el orgullo romano,  
Y con envidia y fortuna  
Trujo siempre mortal bando;  
Solamente el amor pudo  
Quebrantar su pecho bravo,  
Y hacer de un tigre sangriento  
Un cordero humilde y manso.  
Al vencedor Anibal  
Amor solo le hizo esclavo,  
Y en su soberbia cerviz  
Fué bastante á poner lazo.  
Mas ya no trata de amores  
Ni de guerra con romanos,  
Porque amor y guerra quieren  
Mas ventura y ménos años;  
Que al capitán sin ventura  
Poco aprovecha ser sabio,  
Y ejercicios amorosos  
No están bien al hombre anciano.  
Ya son de Anibal los dias  
Tan crudos cuanto amargos.  
Sin sangre tiene las venas,  
Sin fuerzas el cuerpo flaco;  
El rostro enjuto, y los ojos  
Consumidos en el casco.  
Y con estar d'esta suerte,  
Está Roma dél temblando,  
Porque aun duran de sus puertas  
Las cenizas y el estrago.

(Romancero general.)

<sup>1</sup> Hé aquí á Anibal convertido en un galancete viejo y olvidado de sus glorias, y hé aquí cómo era preciso vestirle para que pareciese interesante en una comedia de intriga á la española.

537.

MUERTE DE ASDRUBAL, EL CUÑADO DE ANIBAL.

(De Juan de la Cueva.)

Airado está contra España  
El poderoso Asdrubál,  
Teniendo viva la muerte  
Que le dieron á Amilcár  
Su suegro, y así procura  
Orden para la vengar.  
También le alteraba el pecho,  
Sin dejallo reposar,  
Que dieron los saguntinos  
Favor por tierra y por mar  
A su contendora Roma,  
Por mas los menospreciar.  
Corrido de esto, se indigna  
Contra España, y va á buscar  
En quien emplear su saña  
Y su coraje mortal;  
Y así, viniendo por Denia,  
Un español fué á encontrar,  
Al cual le llamaban Tago,  
Hombre rico y principal:  
Y como si aquel causara  
Su odio y saña infernal,  
Y la potencia de España  
Estuviera en él no mas,  
En nombrándolo español,  
Lo hizo luego ahorcar  
De una encina; cuya muerte  
Tan sin causa, fué á causar  
Dolor en los africanos  
Y gozo en su capitán,  
El cual mandó que ninguno  
De allí lo osase quitar.  
Tago traía un criado,  
Que á su señor viendo tal,  
De tierno dolor movido,  
De amor y fidelidad,  
Besando los frios piés  
Que solos podía alcanzar,  
Aunque impedido del llanto,  
Así comenzó á hablar:  
— ¡Qué corazón tan desnudo  
De razon y humanidad,  
Con tan injusta inclemencia  
Te mandó la muerte dar?  
Qué ley divina ni humana,  
Si no es la de su crueldad  
D'este bárbaro, condena  
A nadie, sin hacer mal?  
Si viene con fiero intento  
De dar venganza á Amilcár,  
En los que le dieron muerte,  
¿Qué debe el que libre está?  
¿Qué le debías tú, señor,  
Que así te hizo privar  
De la vida, ó yo qué hago  
Sin vengarte de Asdrubál?  
Al cual yo daré la muerte,  
Pues es, como yo, mortal;  
Y el intento con que viene,  
Que no tiene de dejar  
Español vivo en España,  
Yo se lo pienso atajar,  
Y en venganza de tu ofensa  
Su fiero intento acabar. —  
Esto diciendo, animoso,  
Sin temor de verse tal  
Cual estaba su señor,  
A quien prometía vengar,  
Por medio del campo rompe,  
Sin podersele estorbar  
Todo su cuerpo de guardia,  
Que no llegue á ensangrentar  
Su espada en el africano,  
Al cual mil heridas da,

Con que le quitó la vida  
En medio de su real.  
Arremeten á prendello,  
Y él comenzó á derribar  
A unos y á otros, fiero,  
Sin dalles aquel lugar.  
Al fin, siendo combatido  
De tantos, sin descansar  
Vino á caer de cansado  
Do lo pudieron atar.  
Pónenlo en fieros tormentos,  
Comiénzanlo á justiciar,  
Y él sin mudar el semblante  
De miedo ni de pesar.  
Les dice: — Vengad, crueles,  
En mí vuestro capitán,  
Que ya yo me vengué de él  
Y así no temo acabar.  
Vosotros, sí, estáis temiendo,  
Pues de miedo no osáis dar  
La muerte á un hombre ligado,  
Ni á él os osáis llegar.  
Llegad, bárbaros, cobardes;  
Llegad, cobardes, llegad,  
Sacadme este corazón  
No cobarde, aunque estoy tal  
Que no tengo miembro sano,  
Ni hueso ya en su lugar.  
Cobardes cartagineses,  
¿Qué haceis, que os veo dudar?  
Vengad á vuestro señor,  
Vengad á vuestro Asdrubál;  
Emplead en mí esas armas,  
Que ya no os puedo hacer mal. —  
Esto diciendo el valiente  
Español, perdió el hablar,  
Y el espíritu invencible,  
Libre del nudo mortal,  
Huyó, y el terrestre cuerpo  
Pagó el censo natural.

(CUEVA, *Coro Febeo*, etc.)

538.

CONTINENCIA DE ESCIPION, AFRICANO.

(De Juan de la Cueva.)

Puesta tenía por el suelo  
Escipion á Cartagena,  
Ganada en duros combates  
Y en muy porfiada guerra;  
Ya por el pueblo de Marte  
Administrada y sujeta,  
Puesta la cerviz al yugo  
De la romana potencia.  
Estando aquí Escipion  
Señoreando esta fuerza,  
Le trujeron en presente  
Una hermosa doncella,  
Hija de padres ilustres,  
De valor, nobleza y cuenta,  
Desposada con Luceyo,  
Príncipe en la Celtiberia.  
Esta, habida en el asalto,  
Y de los soldados presa,  
Mirando su hermosura,  
Tan en extremo perfeta,  
La ponen ante el romano,  
Y á su servicio la entregan;  
Mas el capitán de Roma,  
Viéndola ante sí y tan bella  
Admirado y congojoso  
Su suerte y beldad contempla.  
Enterneciáse el alma  
Verla en tal contencion puesta,  
Cercada de armas y hombres,  
De furor y saña horrenda.  
Mirábale el bello rostro,

Bello y fijado en la tierra,  
Matizado de colores  
De púrpura y de azucena,  
Hechos dos rios los ojos,  
Que, sin hablar, su mal muestran,  
Limpiando las hebras de oro  
El humor que el suelo riega.  
Suspenseo estuvo en aquesto  
Escipion una gran pieza,  
Sin poder hablar palabra,  
Condolido de su pena.  
Al fin la entregó á su guardia,  
Informado de quién era,  
Para que fuese guardada  
Con respeto, y luego ordena  
Que le llamen á sus padres,  
Y á Luceyo, esposo d'ella:  
Los cuales siendo llamados,  
Vinieron con grande priesa,  
Cargados de oro y de joyas  
Para rescatar la presa.  
Mas, viéndolos Escipion  
Llegados á su presencia,  
Con mansedumbre y piedad  
Les dice de esta manera:  
— ¡Oh Luceyo! bien entiendo  
Tu congoja, y veo tu pena;  
Bien claro se da á entender,  
Entendido, que la ordena,  
Que es ver tu querida esposa  
Puesta al cuello la cadena,  
Las señales en los brazos,  
Que estampó la dura cuerda,  
Y que la traiga fortuna  
De princesa á verse sierva.  
Pondrás delante los ojos,  
Que fué robo de la guerra,  
Que fué presa de soldados,  
Que no sentirán tu afrenta;  
Que sin razon ni respeto  
A su gusto usarian de ella,  
Por ser su costumbre antigua  
Sacrilégios, muertes, fuerzas,  
Despojando hombres y dioses.  
Sin temor ni reverencia,  
Osando poner las manos  
Aunque sea en la sacra Vesta.  
En lo cual quiero, Luceyo,  
Darte seguro, si presta,  
Para que tengas consuelo,  
Si lo admite tu miseria.  
Ella fué presa en el robo,  
Cual te es cosa manifiesta;  
La cual, aunque fué cautiva,  
Fué guardada sin tu ofensa;  
Que no es uso en los romanos  
Usar de aqueza licencia,  
Ni hacer agravio alguno  
En la guerra ó fuera de ella;  
Y así te entrego á tu esposa  
Virgen, sin ofensa en ella,  
Que yo mesmo la he guardado,  
Guardándole su pureza,  
Sabiendo que tú la amabas,  
Y quién eres, y quién era. —  
El padre y la madre al punto,  
Y el esposo, puesto en tierra,  
Alzan al cielo las manos,  
Ensalzando su grandeza,  
La constancia en Escipion,  
La virtud de continencia,  
Y habiéndola encarecido  
En alta voz grande pieza,  
Dice el padre: — ¡Oh, gran romano!  
Dino de tal excelencia,  
¿Qué premio habrá que sea dino  
De tu gran manificencia?  
¿Qué remuneracion puede  
Ser igual á tu clemencia?

T. X.

Pues en ella has igualado  
A Júpiter en su esencia,  
Y has hecho en esto una cosa:  
Que haces libre á tu sierva,  
Y á nosotros, siendo libres,  
Nos pones en la cadena,  
Y en tan dulce sujecion,  
Cual razon pide y ordena.  
Y pues somos tus cativos,  
Sujetos á eterna deuda,  
Recibe por primer gaje  
Estas joyas y moneda,  
No dadas por su rescate,  
Mas por señal de obediencia.  
Puso Escipion los ojos  
En el que humilde le ruega;  
Visto que era importunado,  
Esto le da por respuesta:  
— Libre te doy á tu hija  
Sin rescate ni otra empresa;  
Mas viendo que me importunas,  
Que tome aqueza riqueza,  
Con que podré largo tiempo  
Sustentar al mundo guerra,  
Yo la aceto, y tú, Luceyo,  
En dote por mí la aceta,  
Que yo só el que te la doy,  
Y esto por mí y á mi cuenta,  
Y solamente te pido  
Que amigo de Roma seas. —  
El príncipe celtibero  
De oirlo admirado queda;  
Mas cobrando algun aliento,  
La mano al romano aprieta,  
Y levantando la voz,  
Dijo así, la vista queda:  
— Juro á los inmensos dioses,  
Y por esta mano diestra,  
Que ensalza la gloria á Roma,  
Y el mundo apremia y gobierna,  
De morir por los romanos,  
Y viviendo, en cualquier guerra,  
Serle en todo fiel amigo,  
Y enemigo á quien lo sea,  
Y de seguir su partido  
Con vida, honra y hacienda,  
Y de poner á su yugo  
Mi estado, y en su obediencia,  
Y de dar eterno nombre  
A tu nombre, adonde quiera,  
Pues tan alto beneficio  
Ménos galardón no espera,  
Que vaya de gente en gente  
Tu nombre y tu fama eterna. —  
Esto dicho, ante él se humilla,  
Y el romano lo impidiera,  
Y con un estrecho abrazo  
Lo levanta y le consuela.  
Luceyo y su bella esposa,  
Su suegro, y también su suegra  
Se ofrecen á Escipion,  
Y con esto de él se alejan,  
Prometiéndole Luceyo  
De volver luego á la guerra;  
Lo cual cumplió, que á su costa  
Con mucha gente dió vuelta,  
Y fué tan amigo á Roma,  
Que romano se dijera.

(CUEVA, *Coro Febeo*, etc.)

539.

ESCIPIÓN EXHORTA Á LOS ROMANOS QUE LLEVEN LA GUERRA  
Á ÁFRICA.

(Anónimo.)

De su patria se destierra  
Aquel Escipion romano

24

Que mereció por sus hechos  
Ser llamado el Africano.  
Viéndola que está cercada  
Por la gente de Cartago,  
Y que el furioso Anibál  
Tiene al pueblo amedrentado,  
Se entró sin ser prevenido  
Un día dentro el Senado,  
Y á todos en general,  
Dijo: — Auditorio honrado,  
De diez y ocho años soy,  
Que á los veinte no he llegado;  
Pero si audiencia me dais,  
Diré lo que he pensado,  
Y es que si darne quereis  
Gente con poder y mando,  
Me determino de ir  
Y poner cerco á Cartago;  
Que como vea Anibál  
Su pueblo por mí apretado,  
Dejará el cerco de Roma,  
Y cesará tanto estrago.—  
A lo que Escipion ha dicho  
Se alborotó el Senado,  
Por parecerles muy mozo  
Para tal empresa y cargo.  
Uno de los senadores,  
El mas prudente y anciano,  
Le dijo: — Oye, mancebo,  
Y entiende bien lo que hablo:  
Advierte bien que la empresa  
Que tomas es de gran cargo,  
Porque, si á Roma defiendes,  
Vas á ofender á Cartago.—  
El animoso mancebo  
Le respondió: — Padre honrado,  
Muy bien entendido tengo  
El rigor de aqueste caso,  
Y no es menester ha cuenta  
Proezas de mis pasados,  
Porque sé que las sabeis,  
Y tambien que soy romano.—  
Sabemos su gran valor,  
Respondió todo el Senado:  
Que se le dé el baston luego  
Y de general el cargo,  
Para que con gran secreto  
Se vaya á la gran Cartago,  
Y se le dé en abundancia  
Todo lo que es necesario,  
Y tambien porque no entienda  
Anibál lo concertado,  
De las cohortes de España  
Lleve gente y forme campo;  
Para lo cual se le dió  
Poder por todos firmado,  
Y que si victoria alcanza,  
Le darán corona y lauro.

(Romancero general.)

540.

CAYO CLAUDIO, VENCEDOR DE ASDRUBAL, LE HACE DECAPITAR, Y ARROJA SU CABEZA AL CAMPO DE ANIBAL, SU HERMANO.

(De Juan de la Cueva.)

Cayo Claudio, victorioso  
De haber vencido á Asdrubál,  
Teniéndolo en su poder,  
Lo mandó descabezar,  
Y estándó á vista los campos  
Del Cónsul y de Anibál,  
Mandó arrojar la cabeza  
En el contrario real,  
Por dar á Anibál congoja  
De ver á su hermano tal.  
Los africanos cativos

Los hizo á vista sacar,  
Y ponérselos en parte  
Que los pueda devisar,  
Arrastrando las cadenas,  
Atados, y como estáu;  
Porque oyendo sus clamores,  
Le causen mayor pesar.  
Soltó dos de la prision,  
Que le vayan á avisar  
De la rota de su hermano,  
Porque lo fuese á vengar.  
Miraban los de Cartago,  
Sin poder determinar  
Qué denotaban las voces,  
Qué el clamor, y el apuntar,  
Qué el sonido de prisiones,  
Qué el vérselas demostrar.  
Estando atentos á esto,  
Vieron en la tierra estar,  
Cubierta de polvo y sangre,  
La cabeza de Asdrubál:  
Conociéronla, y al punto  
Con ansia y pena mortal  
La limpian y se la llevan,  
Dando gritos, á Anibál;  
El cual, luego que la vido,  
La comenzó á contemplar,  
Sin poder hablar palabra,  
Aunque probaba á hablar:  
Con lágrimas y suspiros  
La comenzó á saludar,  
Que la lengua tiene asida,  
Y la voz al paladar:  
Mas el dolor excesivo  
Le abrió via al respirar,  
Y con dolorosa voz,  
Así comenzó á hablar:  
— ¡Asdrubál, hermano mio,  
Dulce hermano mio, Asdrubál,  
Luz de los cartagineses,  
Solo en ser á Marte igual!  
¿Qué son de las esperanzas  
Que nos diste? ¿dónde están?  
Cuando ufano y victorioso  
Prometias arruinar  
Los romanos, á quien fuiste,  
Cual yo, enemigo mortal,  
Y de quien tantas victorias  
Hubiste, y te ví triunfar,  
¿Qué brazo fué poderoso?  
¿Quién te venció y puso tal?  
No es posible que fuese hombre,  
Sino algun dios celestial,  
O del infernal abismo  
Alguna furia infernal.  
¡Pues yo juro por los dioses  
Y por tu muerte, Asdrubál,  
Que si son terrestres hombres,  
De morir ó te vengar;  
Y si son dioses del cielo,  
De no les sacrificar  
Ni tenerles reverencia,  
Ni consentirles honrar,  
Y matar sus sacerdotes,  
Y sus estatuas quemar,  
En venganza de tu muerte,  
Dulce hermano, Asdrubál! —  
Esto Anibál le decia,  
Llorando sin descansar,  
Y no dejara su llanto,  
Si no viera alborotar  
La gente, y correr los unos,  
Y los otros aguardar;  
Unos ir á la una parte,  
Otros á la otra apartar,  
Sin saber qué fuese aquello  
El valiente capitán.  
Deja el llanto y sale al campo,  
Temiendo algun nuevo mal:

Rompió por medio de todos,  
Haciendo abierto lugar:  
Vió traer los prisioneros  
Que el Cónsul mandó soltar,  
Conocidos de Cartago,  
Los cuales, viendo á Anibál,  
Puestos ante él de rodillas,  
Uno comenzó á hablar:  
— ¿Cómo te podré, señor,  
Nuestra desdicha contar,  
Nuestra horrible desventura,  
Nuestra miseria y pesar,  
Sin que te ofenda y aflija,  
Y encienda en llanto el real?  
Sabrás, señor, que buscamos  
Al Cónsul, que iba á buscar  
A tu hermano, y siendo visto,  
Al arma mandó tocar  
El contrario, y nuestro campo  
Se aparejó á pelear,  
Y estando dispuestos ambos,  
Arremeten á la par  
El un campo contra el otro  
Con esfuerzo singular,  
Sin que se rompiese el orden,  
Ni se perdiere el lugar.  
Duró la soberbia lid  
Por ambas partes igual.  
La mayor parte del día  
Con terrible mortandad.  
Mas en este igual estado  
Se comenzó á declinar  
La suerte de nuestra parte,  
Y al fin de tanto aguardar,  
Los romanos victoriosos  
Nos comenzaron á entrar:  
Los nuestros, desbaratados,  
A huir y á desmayar.  
Cativáronnos á todos  
Cuantos pudieron hallar,  
Que la furia de su espada  
Dejase sin acabar:  
Saquearon todo el campo,  
Cativaron á Asdrubál;  
Cortáronle la cabeza,  
Mandaron te la arrojar:  
Quitónos de la cadena  
Para venirse á contar  
Estas miserables nuevas  
Que te venimos á dar. —  
Anibál, habiendo oído  
La pérdida de Asdrubál,  
Dijo: — Si agora es su suerte,  
La mía tambien será,  
Que la sangre de los nuestros  
Los míos encenderá;  
Que en Cayo Claudio, romano,  
Se procuren de vengar;  
Pues nuestro duro suceso  
A todos es general,  
Todos tomemos las armas,  
Pues á todos toca el mal,  
Que yo pienso y determino  
Por el suelo emparejar  
El Capitolio de Roma,  
Y sus templos despojar. —  
Esto dicho, toca al arma,  
Y al campo sale Anibál.

(CUEVA, Coro Febeo, etc.)

541.

MUERTE DE SOFONISBA, ESPOSA DE MASINISA.

(De Juan de la Cueva.)

Metido está en confusion,  
Traspasada tiene el alma,  
Combatido de congojas

Masinisa, y lleno de ansias.  
Consume el día en suspiros,  
Y en llanto las noches pasa  
De ver cómo Escipion  
Con duro apremio le manda  
Que á la bella Sofonisba,  
Con quien desposado estaba,  
Mujer que fué del rey Sifas  
A quien venció en la batalla,  
Que la repudie, y la deje  
Sin mas replicarle en nada,  
Porque ha de ir presa en el triunfo  
Con los cativos atada.  
Esto siente Masinisa,  
Esto siente, y le maltrata,  
Esto le enciende en dolor,  
Y el corazon le traspasa.  
Lleno de dificultades  
Mil modos y vias traza,  
Con que á entrambas á dos partes  
Cual es razon satisfaga,  
El mandato de Escipion,  
Y á ella la fe obligada.  
No halla camino cierto,  
Ni en remedio humano entrada,  
Que con el grave dolor  
La memoria trae turbada.  
Aunque se le ofrecen muchos  
En ninguno medio halla,  
Porque es peligroso apremio,  
Hacer que olvide quien ama.  
Escipion manda que olvide,  
Amor le reprime y ata  
La obediencia que le debe;  
La fuerza y amor le abraza:  
No sabe el medio que siga  
A tan diferente causa.  
Al fin de haber contemplado  
Lo que le fuerza y le manda,  
El apremio de uno y otro,  
La razon y la fe dada,  
Concluye con un remedio  
Horrible, y que mas le agrada,  
Y es que muera Sofonisba,  
Con que todo esto se acaba:  
Despacha luego un criado  
De quien mas se confiaba,  
Con un vaso de veneno,  
Que se lo lleve á do estaba,  
Y envíale juntamente  
Con el veneno una carta,  
La cual decia d'este modo:  
«Sofonisba, vida mia,  
»Vida y alma de mi alma,  
»Muchas cosas se me ofrecen  
»Que decirte, aunque me ataja  
»El corto tiempo que tengo,  
»Y el dolor que me arrebató  
»De tal suerte, que un momento  
»Mi espíritu no descansa,  
»Combatido á causa tuya,  
»Aunque no te culpo en nada,  
»Que solo soy yo el culpado,  
»Y tú por mí castigada,  
»Pues me manda Escipion,  
»Contra lo que amor me manda,  
»Y contra el querer del cielo,  
»Que de mí seas repudiada,  
»Porque has de ir cativa á Roma,  
»Con los cativos ligada;  
»Lo cual pretendo impedir  
»Por la via mas honrada,  
»Que es dándote tú la muerte  
»Antes que verte afrentada;  
»Que no es justo á tu nobleza  
»Ser de tal modo tratada,  
»Ni al gran valor de tus padres,  
»Ni á su gloriosa fama

»Se debe tan duro ultraje,  
 »Si por esta via se salva.  
 »Acuérdate, Sofonisba,  
 »Si no estás d'esto turbada,  
 »Que fuiste tan gran señora,  
 »Y con dos reyes casada,  
 »Y si es justo que te veas  
 »De reina venir á esclava.  
 »Considéralo, y no entiendas  
 »Que de mí no eres amada,  
 »Y que así de tu amor eres,  
 »Del mío remunerada;  
 »Que juro á los altos dioses  
 »De la corte soberana,  
 »Y á Vénus hago testigo  
 »Y á su hijo en esta causa,  
 »Que no me quiero á mí tanto  
 »Cuanto á ti, que eres mi alma,  
 »Y así puedes entender  
 »Que esto que pido que hagas,  
 »No lo pido yo, ni puedo  
 »Pedir cosa tan infanda,  
 »Que de fuerza, de mas fuerza  
 »Es mi voluntad forzada,  
 »Que con riguroso apremio,  
 »Me apremia, me fuerza y ata,  
 »Que elija por mas seguro  
 »Verte muerta, que afrentada.»  
 Dió fin con tiernos suspiros,  
 Y la carta al siervo daba:  
 Se la llevó á Sofonisba  
 Que d'esto está descuidada  
 Dentro de su real palacio  
 De varias gentes cercada.  
 Siéndole dada en la mano  
 Mudó el color de la cara,  
 Que al corazon alterado  
 Cualquiera cosa le espanta.  
 Así la Reina leyendo  
 De un cabo al otro la carta,  
 Con dolorosos suspiros  
 Pide el vaso, y así habla:  
 —Dirásle al rey Masinisa,  
 ¡Sin son aquestas las arras  
 Que le manda á su mujer  
 En la boda ya cercana?  
 La cual no hará el himeneo,  
 Mas la inexorable parca.  
 Dirásle que yo recibo  
 Su don de muy buena gana,  
 Y que así será cumplido  
 Lo que por su carta manda,  
 Que dándole á él contento  
 A mí no me desagrada.—  
 Esto diciendo, animosa,  
 No del temor alterada,  
 Bebió la mortal ponzoña,  
 Con que á muerte fué entregada.

(CUEVA, *Coro Febeo*, etc.)

## 542.

RESÚMEN DE LOS HECHOS DE ESCIPION HASTA QUE VENCIO  
 Á ANIBAL ANTE LOS MUROS DE CARTAGO.

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

Vencidos son los romanos,  
 Anibal los ha vencido:  
 En la batalla de Cannas  
 Muertos quedan y heridos.  
 Quedaron muy quebrantados  
 Muy tristes y doloridos:  
 No piensan alzar cabeza  
 Segun se ven afligidos.  
 Despoblar quieren á Roma;  
 Procuran buscar un sitio,  
 Donde fundar un lugar  
 Para defender sus hijos.

Estando en aqueste apríeto,  
 Escipion se levanta alivo  
 Diciendo d'esta manera:  
 —Nadie haga tal delito,  
 Que Roma, ciudad antigua,  
 Aunque esté en este conlito  
 No debe desampararse,  
 Ni debe ser consentido.  
 Yo me obligo á defendella:  
 De hoy mas el cuidado es mio.—  
 Dichas aquestas palabras,  
 A los que estaban consigo  
 Hizo hacerles juramento  
 Que le quisiesen seguirlo,  
 Y los que contra ello fuesen  
 Con juramento les dijo  
 Les cortará las cabezas  
 En este lugar ya dicho.  
 Viendo aquesto los romanos  
 Cobraron ánimo vivo:  
 Proponen morir con él  
 Todos juntos, como digo.  
 Manda apellidar su gente,  
 Y ordenar biensus caudillos;  
 Pasa los Alpes de Roma,  
 De España lleva el camino,  
 Y aunque le cupo la suerte  
 De ir contra el rey Filipo,  
 Toma la empresa de España,  
 Por no ser nadie atrevido.  
 Cumplido ha vendidos años  
 Desde que fuera nacido,  
 Cuando comenzó esta guerra  
 Este varon escogido.  
 D'esta suerte que he contado  
 De Roma se había partido:  
 Entrado había por España,  
 Y de Ebro ha pasado el rio:  
 Va derecho á Cartagena  
 Do está Magon su enemigo.  
 Por la mar y por la tierra  
 Traia muy gran gentío.  
 Ya que juntos estuvieron  
 Muy bien se han apercebido:  
 Concertado había sus haces,  
 Y Magon otro asimismo.  
 Fué sangrienta la batalla,  
 Magon quedara vencido;  
 Grande placer recibiera  
 La gente desde que vido  
 Tan gran victoria aquel día,  
 Y Magon preso y captivo:  
 Enviádolo había á Roma  
 Con ricas joyas consigo;  
 Gran placer tomó el Senado  
 De ver presente tan rico.  
 Despues de aquesto pasado  
 Contra Anibal se ha partido  
 Para tomar d'él venganza,  
 Que aquesto le había movido.  
 Los de Africa enviaron  
 Por Anibal su caudillo  
 Para que les defendiese  
 De Escipion en este brio.  
 Entre tanto que él venia,  
 Parias le dan como él quiso,  
 Y que los captivos suelten  
 Que tenían del señorío.  
 Mas ya llegado Anibal  
 Quebrantan lo establecido,  
 Pensando, con su favor,  
 De vencello y destruílo.  
 Aparejense á las armas  
 Con esfuerzo nunca visto;  
 Con ánimos denodados  
 Se habían acometido.  
 Fué reñida la batalla  
 Y de muy grande peligro:  
 A la fin quedó Escipion

Vencedor de su enemigo.  
 Tomara muchos despojos,  
 Muchos presos y captivos:  
 Volviérase para Roma  
 Con mas placer que aquí escribo:  
 Hácenle tan grande triunfo,  
 Que otro tal nunca se vido.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

## 543.

MUERTE DE ANIBAL.

(De Juan de la Cueva.)

Con Prusias vivia Anibal  
 En el reino de Bithinia  
 Do vino Tito Flaminio  
 Con una mensajería  
 De Roma, en la cual le dice  
 Que está de él muy ofendida,  
 Y tiene por sospechosa  
 Su amistad, pues da cabida  
 A su enemigo Anibal,  
 Que tiene en su compañía,  
 Despues que del rey Antiocho  
 La gente quedó vencida,  
 Que contra el romano pueblo  
 Lo incitó y lo encendió en ira.  
 Viéndose ya el Africano  
 Sus fuerzas todas perdidas,  
 Y que no tenia remedio  
 Ni reparo su caída,  
 Con que aseagara Roma  
 La inquietud en que vivia,  
 Y que por dalle él su amparo  
 Su contrario tenia vida:  
 Y que d'esto se quejaba  
 El Senado, y se lo avisa,  
 Porque Anibal no sea causa  
 Se quiebre entre ellos la liga,  
 Al embajador romano  
 Prusias así le replica:  
 —Con muy justa razon puedo  
 Quejarme, en que se conciba  
 Mal de mí firme amistad  
 Porque yo á Anibal reciba;  
 Y porque de esa sospecha  
 Mi fe quede, cual es, limpia.  
 Yo te lo daré en prison,  
 Si en tanto Roma lo estima.—  
 Esto dicho, mandó al punto  
 Que su gente se aperciba,  
 Y á cercar vayan la casa  
 Del que al mundo puso en grima.  
 Van, y el valiente Anibal,  
 Que siempre de la venida  
 De Flaminio sospechaba  
 El mal en que ya se via,  
 Como se vido cercado  
 Sin hallar lugar ni via  
 Por donde poder librarse,  
 Dice así, ardiendo en ira:  
 —Libremos á los romanos  
 Ya de tan larga fatiga,  
 Pues les parece ser largo  
 Esperar la muerte mia.  
 Por cierto, no habrá Flaminio  
 Victoria que sea de estima  
 En vencer á á un desarmado  
 Y puesto en tanta desdicha;  
 En que se ve cuán trocada  
 Del valor, que ántes tenia  
 Esta Roma, y cuán ajena  
 De su antigua valentía.  
 Al rey Pirro su enemigo,  
 Cuando con libre osadía  
 Se les entró por Italia  
 Y á su poder resistía,

Roma le envió á avisar  
 Que mirase por su vida,  
 Que le queria dar veneno  
 Uno de su compañía.  
 Diferente fué este aviso  
 Del que agora Roma envía,  
 Pues le hacen al rey Prusias  
 Traspasar la ley divina,  
 Y que dé muerte á traicion  
 Al huésped que en él se fia.  
 Vosotros, supernos dioses,  
 Que mirais desde allá arriba  
 Esta maldad del rey Prusias,  
 Vuestra clemencia permita,  
 Que se vea perseguido  
 De los que mas se confia,  
 Y que en nadie halle fe,  
 Ni nadie verdad le diga,  
 Y de su real asiento  
 Despojado se vea en vida  
 Y á tanta pobreza venga  
 Que de puerta en puerta pida,  
 Sin hallar quien de él se duela,  
 Y muchos que le persigan:  
 Fáltenle los elementos,  
 Fáltele la luz del día,  
 Y en destierro miserable  
 Su vida acabe maldita,  
 Y su cuerpo sea comido  
 De las aves de rapiña.—  
 Diciendo el fuerte Africano  
 Esto, ya el vaso tenia  
 En la mano, y la ponzoña  
 Aprestada y desleida;  
 Y alzando al cielo los ojos  
 Volvió á decir:—Patria mia,  
 Cuán bien que te aconsejé,  
 Y cuán mal fué de ti oída  
 Mi razon y buen consejo,  
 Para tu quietud pacífica!  
 Hoy acaba tu Anibal,  
 A quien desterró la invidia;  
 Hoy al espantoso huerco  
 Su espíritu precipita:  
 Hoy queda en sosiego Roma;  
 Hoy de su inquietud se libra,  
 Con la muerte del que pudo  
 Asolar su monarquía.—  
 A este punto oyó un ruido  
 De la gente que venia,  
 Y bebiendo la ponzoña  
 Que tenia prevenida,  
 Dijo:—Hagan de ese cuerpo  
 La presa que hacer codician.—  
 Y queriendo proseguir,  
 La voz se le quedó asida  
 A la garganta, y á un punto  
 Le faltó el habla y la vida.  
 Entró la enemiga gente  
 Que procurándolo iba:  
 Hallólo entregado á muerte,  
 De la cual al Rey avisán  
 Y al mensajero romano  
 Que por triunfo pretendia  
 Metello en Roma, y triunfar  
 De su invicta valentía.

(CUEVA, *Coro Febeo*, etc.)

## 544.

ESCIPION AFRICANO, ACUSADO POR SUS ÉMULOS,  
 COMPARECE ANTE EL SENADO.

(Anónimo.)

Citado estaba Escipion  
 El Africano nombrado:  
 Citado le tiene Roma  
 Para delante el Senado.